

¿La República Democrática del Congo en la globalización? ¿Cómo y Por Qué?

Kande Mutsaku Kamilamba

División de Ingeniería y Arquitectura
Director del Centro Interdisciplinario de Investigación
en Administración y Ciencias Sociales (CIIACSO)

Con cada paso que damos, no sabemos si caminamos sobre una semilla o sobre una ruina. Hoy, ya entrados en pleno siglo XXI, no sabemos todavía a ciencia cierta si pisamos surco o ceniza. La fe ilimitada en el progreso y la felicidad anunciada por la filosofía del siglo XVIII y sostenida por el optimismo del siglo XIX no nos preparó para los horrores del siglo XX. Dos guerras mundiales, millones de judíos asesinados, mártires de las independencias en el llamado Tercer Mundo, desaparecidos, sacrificados, torturados en las dictaduras africanas... Éste no es el retrato del progreso constante e inevitable de la humanidad previsto por los defensores de la modernidad.

Terrible ironía, nunca como en el siglo XX la humanidad alcanzó cumbres más altas de adelanto en la tecnología, las ciencias y las comunicaciones. Nunca fue mayor el abismo entre el prodigioso desarrollo material y científico, y el deprimente retraso político y moral. El siglo XX pasó a la historia como el siglo de la violencia. Casi me atrevería a parafrasear a Carlos Fuentes afirmando que: “A mayor adelanto técnico, menor adelanto moral”. Casi la mitad del siglo se fue en acontecimientos sangrientos: Doce años en las dos guerras mundiales, cuarenta en la Guerra Fría, y no sabemos cuántos se fueron y cuántos seguirán transcurriendo en las guerras de independencias

Horst Kohler, Director del Fondo Monetario Internacional (FMI), afirmó que si el mundo desarrollado desea ayudar en serio al continente más pobre del mundo (África), debe proporcionar mercados a los productos africanos. Cuatro décadas después de la independencia, las economías de la mayoría de los países africanos continúan basadas en la agricultura y la exportación de productos primarios, y sus sectores manufactureros son generalmente insignificantes.

Como todos sabemos, desde el fin de la Guerra Fría, la ayuda al África ha declinado por considerarse que el apoyo de sus dirigentes no es una necesidad política en un modo sin grandes tensiones entre el este y el oeste.

¿Que pasó en la República Democrática del Congo en este siglo? El 30 de junio de 1960 el país logra su independencia de Bélgica. Esta independencia era, para el rey de Bélgica Baudouin I, el cumplimiento de la misión civilizadora emprendida en 1885 por su tío el rey Leopold II. Mientras para el líder de la independencia, Patrice Emery Lumumba, ésta era el resultado de luchas y del coraje del pueblo congoleño que había dicho “ya basta” al poder colonial dominante. Esta independencia tenía, al decir de Lumumba dos propósitos principales: la libertad política y la prosperidad económica, cosas que el imperio belga basado en la trilogía Estado, Iglesia católica y grandes empresas, nunca tomó en cuenta. De 1960 a 1963, con el apoyo de los belgas, el Congo vivió políticamente una desestabilización total. En casi en toda las provincias hubo levantamientos armados que

contaron con la presencia de algunos líderes improvisados pero bien pagados por parte de nuestros “colonizadores”. Esto tenía como objetivo desestabilizar al país para así justificar su reintervención en el mismo. Económicamente, las grandes empresas sacaron todo su capital y las empresas empezaron a despedir a los trabajadores, lo que provocó descontento y muchos pedían, casi a gritos, el regreso de los blancos. En cuanto a lo religioso, se vivió el surgimiento de Simón Kimbangu, un profeta congoleño que pronto va a ser asesinado con la complicidad de los que veían peligrar sus intereses. Incluso se llegó a pensar en algunos medios, que ser político = a ser mentiroso. La situación de inseguridad provocada era tal que la muerte del Secretario General de la ONU en este país no significó mucho para las grandes potencias en disputa en el país. El Primer Ministro Lumumba era de tendencia comunista y no debemos olvidar que esto acontece durante el apogeo de la Guerra Fría, pero además esta tendencia política ya estaba presente en Angola, país vecino del Congo. Pero para 1965 los americanos ya habían desplazado a los belgas por medio de los cascos azules y tenían el dominio del país, imponiendo el 24 de noviembre de 1965 a Mobutu Sese Seko como Presidente del Congo. Durante el gobierno de Mobutu, que más tarde fue uno de los dictadores más citados del mundo, el país se convirtió en bases militares de los oponentes de los países vecinos. En el territorio congoleño se encontraban los oponentes de Uganda, Rwanda, Burundi, República Centroafricana, Sudán y Angola.

Viene el siglo XXI y empieza bailando con los tambores del Neoliberalismo e intenta casarse con la señora globalización. Es de advertir que si vamos a vivir en una planeta unido, globalizado, esto no será sin la corresponsabilidad, es decir tenemos la obligación moral de compartir tanto los momentos difíciles como felices de la humanidad. No podemos crear un paraíso dentro y un infierno fuera. La crisis de la llamada civilización moderna ya no es privativa de un país o sistema alguno. Y lo dramático del asunto es que los problemas crecen y las instancias de resolución disminuyen; asistimos a un deterioro de las jurisdicciones tradicionales para atender problemas de cuya solución, y no de panaceas ideológicas, depende el destino del ser humano.

La globalización no es la panacea moderna a los problemas de la Humanidad porque antepone los intereses de ésta a los de las grandes empresas siguiendo una lógica excluyente, atomizando así a la sociedad, confrontando la solidaridad con la competencia. La globalización ahonda la brecha ya existente entre ricos y pobres tanto en el ámbito de las naciones como de los individuos. Bajo la creencia de un mundo homogéneo, el modelo globalizador trata de asimilar todas las culturas. Los grupos étnicos que se resisten a ser asimilados están condenados al aislamiento o a la desaparición. Este sistema globalizador orienta la educación a producir la fuerza de trabajo y el trabajo mismo bajo condiciones fijadas por intereses de las empresas. Los medios de comunicación, como medios para integrar al mundo en torno a valores pretendidamente universales, devastan las culturas locales y nacionales en vez de permitir la interacción

La globalización puede instalarnos en un mundo indeseable dominado por la lógica especulativa. El olvido del ser humano concreto, el desprecio hacia el capital social, la burla de los restos de soberanías nacionales, la destrucción del orden internacional y la consagración de un capitalismo autoritario como forma expedita de gobernar sin mayores explicaciones son algunas características de esta tendencia. El mundo globalizado en el que

estamos viviendo hoy es un mundo donde encontramos con-viviendo en el mismo espacio geográfico prosperidad y pobreza, educación e ignorancia, la comunicación instantánea y el aislamiento instantáneo, la paz y la guerra.

Este último binomio nos interesa de sobremanera para el caso de la República Democrática del Congo. Hay guerras que merecen la atención internacional y otras que no figuran ni en la agenda internacional. Hay países útiles e inútiles, hay zonas de provecho que hoy nos interesa que estén en problemas. Congo vive hoy la globalización, pero no de la economía sino de la guerra. Todo ello por ser diferentes, por tener una cultura diferente, por no ser como quieren que seamos.

Pero qué es lo que nos hace ser diferentes: la cultura. ¿La bendita o maldita cultura?

Carlos Fuentes afirma con toda razón que la cultura no es otra cosa que la pluralidad de nuestro quehacer social. Es la manera de como comemos, caminamos, vestimos, amamos, recordamos y deseamos, saludamos, nos movemos, luchamos, morimos, cantamos, bailamos... es la manera de cómo estamos en el mundo. Pero también la manera de cómo nos organizamos: Familia, tribu, clan, feudo, ciudad, Estado-nación, imperio, comunidad internacional, aldea global. Ninguna de ella está inscrita en el orden natural y todos con la pretensión de procurar la mayor felicidad posible al ser humano. Felicidad también

El neoliberalismo nos propone el paraíso que está a la vuelta de la esquina, pero que nunca está presente. Nos propone y promete vivir en un paraíso material creado por los medios de comunicación bajo una lógica de consumismo que sólo está creando seres humanos con un sentido de responsabilidad y compromiso social atrofiado, despreocupados de otra realidad que no sea la propia. Pero en el fondo ¿qué es el neoliberalismo?

El neoliberalismo es una manera de organizar la vida en el mundo, que consiste en una concepción del capitalismo radical que absolutiza el mercado y lo convierte en el medio, el método y el fin de todo comportamiento humano inteligente y racional. El “mercado absoluto” exige una libertad total, es decir que no haya restricciones financieras, laborales, tecnológicas o administrativas. El neoliberalismo se expresa en políticas de ajustes y apertura que con diversas connotaciones se aplican en los países africanos, que ponen el crecimiento económico y no la plenitud de todos los hombres y mujeres en armonía con la creación, como razón de ser de la economía. Restringen la intervención del Estado hasta despojarlo de la responsabilidad de garantizar los bienes mínimos que se merece todo ciudadano como persona. Eliminan los programas generales de creación de oportunidades para todos y los sustituyen por apoyos ocasionales a grupos focalizados.

Actualmente, el neoliberalismo al oponerse a la intervención redistributiva del Estado, perpetúa la desigualdad socioeconómica tradicional y la acrecienta. Este sistema introduce el criterio de que solamente el mercado posee la virtud de asignar eficientemente los recursos y fijar a los diversos actores sociales los niveles de ingresos. Se abandonan así los esfuerzos por alcanzar la justicia social mediante una estructura progresiva de impuestos y una asignación del gasto público que privilegie a los más desfavorecidos; y se dejan de lado intentos por la democratización de la propiedad accionaria o la reforma agraria integral.

Estamos peligrosamente empujados por una cultura que radicaliza la ambición por poseer, acumular y consumir, y que sustituye la realización de todas las personas en comunidades participativas y solidarias por el éxito individual en los mercados. El neoliberalismo exagera esta crisis al llevar a la desaparición el bien común como objeto central de la política y la economía. El bien común es sustituido por la búsqueda de equilibrio de las fuerzas del mercado.

He aquí, en síntesis, algunas características sobresalientes del neoliberalismo económico:

- Concepción del ser humano como valioso únicamente por su capacidad de generar ingresos y tener éxito en los mercados.
- Incentivar la carrera por poseer y consumir.
- Exacerbar el individualismo y la competencia llevando al olvido el sentido de comunidad, y produciendo la destrucción de la integridad humana y ecológica.
- Expresa política de ajuste y apertura.
- Restringe la intervención del Estado hasta despojarlo de la posibilidad de garantizar los bienes comunes mínimos que se merece todo ciudadano por ser persona.
- Elimina los programas generales de creación de oportunidades para todos y los sustituye por apoyos ocasionales a grupos focalizados.
- Privatiza empresas bajo la premisa de que la administración privada es mejor que la pública.
- Abre las fronteras para mercancías, capitales y flujos financieros y deja sin suficiente protección a los pequeños productores.
- Elimina obstáculos que podrían imponer las legislaciones que protegen a los obreros.
- Libera de impuestos y de obligaciones a grupos poderosos.

En su conjunto, las características del neoliberalismo provocan una concentración mayor de la riqueza y del poder económico en las manos de unos cuantos y dejan sin protección a la mayoría de la población. Los defensores de este sistema afirman que todos estos ajustes producirán, a largo plazo, un crecimiento que elevará los niveles de ingreso y resolverá la situación de los desfavorecidos.

Aún cuando se han observado cambios positivos con algunas medidas de ajuste, podemos afirmar que estos efectos no compensan en nada el desequilibrio y las perturbaciones que causa el neoliberalismo, pues la masa urbana sin trabajo sigue multiplicándose. Al oponerse a la intervención redistributiva del Estado, la desigualdad socioeconómica tradicional se acrecienta. Con ello se profundizan los efectos que genera la pobreza: la inequidad o la injusticia en la redistribución del ingreso y la riqueza, el escaso capital social y la exclusión o desigualdad en las relaciones de intercambio. El bien común ya no es importante, ahora lo es la búsqueda del equilibrio de las fuerzas del mercado, donde la comunidad se torna irrelevante y el bien común es inútil; se incrementa la violencia, así como la producción y consumo de estupefacientes para olvidarse de este mundo de miseria.

La explotación, pobreza, desempleo, marginación, competencia desleal, fuga de capitales son, para el neoliberalismo, episodios necesarios y positivos de la lucha de los ejemplares más fuertes de la raza humana para conseguir mayor riqueza, mayor prosperidad, mayor

bienestar para la humanidad en general, aunque no necesariamente para todos y cada uno de los miembros de esa raza. Lo cual no importa pues la humanidad se considera mejorada sólo con que algunos de sus miembros alcancen niveles nunca antes logrados de riqueza. La generación de la pobreza para el sistema económico neoliberal es señal de que se está marchando por el rumbo correcto. La pobreza y los padecimientos de las masas tienen un significado promisorio, las fuerzas del mercado están moviéndose sin interferencias y la reestructuración económica procede, tal cual se esperaba una vez que el Estado se hizo a un lado y el instinto capitalista se puso en marcha, libre de las artificiales regulaciones caprichosamente establecidas durante décadas por gobernantes hostiles.

La multiplicación de los pobres y el aumento del sufrimiento humano no son más que dolorosos mensajes situados al comienzo del camino, indicando que estamos sobre la senda correcta. Pero no hay que desesperar pues “son anuncios transitorios”. No tardarán en aparecer otros, como el pleno empleo, el bienestar popular y la felicidad individual, siendo las señales de que estamos arribado al paraíso neoliberal donde se podrán recoger los frutos de tanto esfuerzo.

Pero actualmente le sobran a este modelo económico más de 80 millones de pobres sólo en el Congo y todo ello está contribuyendo sin duda, entre otras cosas, a un incremento de la delincuencia, de los problemas de desempleo, del autoempleo, del ambulante...

Todo esto invita a pensar globalmente y actuar localmente. A incorporar en el trabajo educativo el orden de valores necesarios para formar personas capaces de preservar la primacía del ser humano en el mundo que compartimos. Pongámonos a nosotros como valiosos y gobernemos el cambio para asumir nuestra responsabilidad histórica y así ser sujetos de cambios y hacer nuestra historia.

En la base del neoliberalismo existe una concepción del ser humano que da origen a un sistema de valores cuya consecuencia es una injusticia estructural que tiene como efectos, en África y en el mundo, la conversión del ser humano de fin a medio, es decir, el ser humano ya no vale por ser humano sino por su capacidad de generar ingresos y tener éxito en el mercado. Esta concepción del ser humano es la que preocupa más, porque al reducir al ser humano a un medio y al poner al mercado como un fin, el neoliberalismo está acabando con todos nosotros y hasta con sus mismos defensores.

El neoliberalismo propone dos vías para acabar con la pobreza. La primera que es considerada prioritaria se identifica con la recuperación de un crecimiento económico estable. Ocupa un lugar jerarquizado que rige y supedita al conjunto.

Por ende, aquí predominan rasgos de continuidad, más que de “aggiornamento”.

En la segunda vía de la estrategia se observa un aggiornamento más marcado.

Centralmente se trata de una reestructuración del gasto social. Por una parte, se propone ampliar el gasto público en cierto tipo de servicios, los más básicos, que beneficiarían directamente a los pobres. Pero el problema es cómo financiar esa inversión. Para ello se propone la reubicación de fondos desde los segmentos superiores a los inferiores.

La transición política en África emprendida hace diez años viene acompañada de golpes de Estado, cambio de alianzas, movimientos sociales y procesos electorales caóticos. Aún así el denominador común para África puede ser la desaparición de los partidos únicos y la salida de los autoritarismos, que se puede explicar por tres causas:

- La concomitación de la democratización y la informalización de la economía (violencia social).
- La democratización sobreviene en un momento en que como consecuencia de la brutalidad de la crisis se acelera la fragmentación de la sociedad.
- La inexistencia en el continente, de un modelo teórico y de la tradición de reflexión crítica y autónoma sobre el Estado de derecho, de las formas de la ciudadanía y de las distinciones de la democracia.

Todas estas evoluciones indican que, lejos de ser lineales, las trayectorias de la transformación política en África son variadas. Además, no son irreversibles. Los itinerarios seguidos de un país al otro presentan por cierto diferencias significativas. Pero atestiguan también profundas convergencias. Más aún, en cada país encontramos cada vez más una concatenación y una trabazón de configuraciones. El conjunto atestigua, si hacia falta, la complejidad del cambio en África.

La victoria de una de las bandas no asegura de ninguna manera la “transición” y tampoco es garantía de la liberalización, sólo son en muchas ocasiones bases de autoritarismos marcados de desarrollismos. En esos regímenes, los antiguos “señores de la guerra” se han convertido en civiles, pero la cultura militarista sigue impregnando las estructuras de la vida política. Tal es el caso de Uganda, Ruanda, Liberia, Eritrea y Etiopía. En todos estos países la guerra se ha convertido en la condición de la producción de lo político. De ahí el alto grado de articulación entre la conquista y el ejercicio del poder por una parte, y por otra la violencia y la muerte masiva.

A lo largo del último cuarto del siglo XX, y ante la ausencia de insurrecciones o de movimientos revolucionarios en el sentido estricto de la palabra, el golpe de Estado y la guerra han sido las dos vías para tomar el poder por medio de la violencia. En ambos casos, la institución militar cumplió un papel decisivo. Las guerras actuales ya no se libran en nombre del anticolonialismo o del antiimperialismo. Desde luego, la retórica de la erradicación de la corrupción, de la protección del medio ambiente o de los derechos humanos – parte integrante del léxico internacional – asigna todavía a algunas de ellas una connotación moral y jurídica. Pero en lo esencial, se trata de guerras depredadoras, libradas con métodos que apuntan prioritariamente a la población civil y a la extracción de los recursos naturales en estado primario, como nos lo demuestra el caso de la República Democrática del Congo.

Pese a lo que hubiera cabido deducir tras la intervención occidental en Ruanda (1990-1994), el viejo Zaire (hoy RDC) constituyó desde un primer momento el verdadero objetivo de aquellos que, tras el desmembramiento de la URSS, apostaron por una superación del statu quo en África. Su posición geográfica resulta, de hecho, altamente estratégica: se trata de un enorme territorio ecuatorial – de 2 millones 345 mil kilómetros cuadrados – que

abarca prácticamente todo el curso del río Congo y es extremadamente rico en recursos naturales. El hecho de que además limite con nada menos que nueve países convierte su control en la clave para dominar África central .

La guerra civil que se vive hoy en Congo tiene varios momentos y explicaciones que aquí desglosamos. En 1997 – tres años después del genocidio rwandés – saltó la chispa que los buenos conocedores de la política africana habían previsto: Kabila, apoyado por Uganda, Ruanda, Burundi y en última instancia por toda una serie de conglomerados mineros e industriales occidentales, lanzó una ofensiva militar contra el gobierno de Mobutu. La guerra civil congoleña había comenzado o, dicho de otro modo, la primera batalla por la reorganización del orden establecido en África central se acababa de desencadenar.

Los intereses en juego eran enormes. Aquellos que trataban de derribar a Mobutu aspiraban a lograr un acceso de nueva planta a los ingentes recursos naturales con los que cuenta Zaire. En realidad, por consiguiente, no se trataba tanto de acabar con el mobutismo – encumbrando a una marioneta como Kabila – como de dinamitar el poder centralizado de Kinshasa (capital de la RDC) para así, al precio que fuera, poder desbancar a los conglomerados industriales europeos y surafricanos que, bajo Mobutu, habían comenzado a convertirse en los principales beneficiarios de la privatización de las viejas empresas mineras estatales (muchas de ellas de origen colonial).

Por supuesto las maniobras de Washington en África tuvieron y tienen que ver más con el novedoso y desmesurado interés de unos cuantos inversionistas estadounidenses por las materias primas congoleñas, que con una directriz geoestratégica del Pentágono. Dicho interés – aparentemente sorprendente – se relaciona con diversos factores coyunturales, pero fundamentalmente con uno de fondo: muchos de los minerales que se encuentran en el subsuelo de la RDC comienzan a escasear en otras zonas del planeta o bien resultan de difícil acceso y por consiguiente extremadamente costosos de extraer. Por si eso fuera poco, en la RDC también hay toda una serie de minerales no tanto en vías de agotamiento como verdaderamente difíciles de encontrar (por ejemplo el coltan, muy utilizado en la construcción de ojivas balísticas). Los reseñados minerales, a lo largo de los últimos años, se han valorizado terriblemente como consecuencia, por una parte, de la construcción de armas de última generación y, por otro lado, de una carrera espacial cuyo proyecto más ambicioso radica en la construcción de una estación orbital internacional que habrá de sustituir a la mítica MIR rusa.

Como se podrá suponer, los contratos que ya se están firmando y que se van a poder firmar próximamente en Estados Unidos con las industrias militar y espacial resultan algo más que succulentos: ese es el verdadero motivo del repentino interés por redefinir el orden establecido en África central. Desde esta perspectiva la rebelión de Kabila contra Mobutu en 1997 no representó ni mucho menos el deseo de todo un pueblo, sino la intervención más o menos descarada en los asuntos internos del país de intereses extranjeros que pretendían pescar en el rico río revuelto que es la RDC.

Que Kabila fue utilizado contra Mobutu resulta pues hartamente evidente. Kabila, sin embargo, también utilizó el repentino interés extranjero por su país en su propio beneficio. Por eso, una vez que tomó la capital Kinshasa y se hizo con el control de la RDC se olvidó de los

compromisos que había asumido: tanto de los nominales (democratizar el país), como de los reales (favorecer los intereses de la heterogénea coalición extranjera y multinacional que lo había lanzado al poder). Lógicamente ello equivalió a desenterrar el hacha de guerra: De nuevo las armas volvieron a ser veladas en un país que, prácticamente de la noche a la mañana, se había convertido en una de las zonas más candentes del planeta.

Enfrente se ubican los viejos amigos (Ruanda, Burundi y Uganda), y a menor escala Kenia y Tanzania. Detrás de la acción de los reseñados gobiernos se encuentran, por supuesto, las multinacionales estadounidenses, y sobre todas ellas, una muy peculiar, la American Minerals Field Inc., un conglomerado minero – con sede en Arkansas – nacido hace unos años (1996) con el objetivo declarado de hacer sombra a gigantes establecidos del sector como la surafricana Anglo American Corp. Su secreto: una enloquecida carrera hacia la reducción de costos a cualquier precio y un entramado de apoyos políticos, logísticos y diplomáticos que la ayudan a establecer ilustres accionistas de la casa como George Bush padre, Brian Mulroney (ex primer ministro canadiense) o Karl Otto Pol (ex presidente del Bundesbank).

Los mercaderes de la muerte también están haciendo su agosto. Empresas de mercenarios como la Executive & Outcomes (con sede en Suráfrica) o la International Defense & Security (con sede en Dinamarca) tienen destacados a sus siniestros empleados en uno y en otro bando. Su modus operandi ha cambiado con respecto al de hace algunos años: ya no cobran sus servicios tan sólo a cambio de dólares, sino de concesiones mineras que más tarde truecan por millonarias sumas o simple y llanamente por acciones en los gigantescos conglomerados que están tratando de hacerse un hueco en África central.

Los traficantes de armas, por su parte, tampoco se están quedando atrás: como se podrán imaginar las ganancias que se pueden obtener son demasiado succulentas como para respetar embargos internacionales o prescripciones morales. En este sentido el recientemente destapado escándalo Elf – en Francia – resulta hartamente elocuente: se trata de una gigantesca operación de venta de armas a un país internacionalmente embargado como Angola del que, muy probablemente, se terminaron desviando armas hacia la RDC.

Actualmente los poderes feudales se multiplican. Pensar la guerra civil congoleña como un conflicto entre dos bandos perfectamente definidos resulta algo más que ingenuo: Todos juegan con varias barajas, incluidos los occidentales. Hoy en día en África el que tiene un kalachnikov (AK-47, fusil de asalto de fabricación rusa) es el que manda: los liderazgos son carismáticos y locales. No hay posibilidad de una ofensiva nacional sin unas alianzas que, casi siempre, van más allá de las artificiales fronteras trazadas durante la descolonización. La ideología no cuenta: el que más ofrece es el que más tiene. Pero para poder ofrecer hay que conquistar la «parte útil» del país, el resto no sirve: ¿a quién le interesa? Los principados de carácter medieval proliferan alrededor de cada yacimiento, de cada mina: ¿para qué ir a tomar posiciones geoestratégicas o políticas clave cuando ya se ha logrado con qué subsistir en medio del caos? Basta con defender lo que ya se tiene: la mayor parte de las veces resulta infinitamente más sensato quedarse en esas condiciones en el propio país que marchar hacia una Europa que repele, que persigue, que deporta.

La tragedia para las poblaciones locales se acrecienta cada día que pasa. La economía se desmonetariza. En las zonas a las que no llega la guerra la única posibilidad de empleo radica en enrolarse en uno de los muchos grupos armados que proliferan por el país. La alimentación escasea y las enfermedades se multiplican. En los lugares más alejados las masacres se encuentran a la orden del día y por consiguiente, los éxodos masivos. Las ONG's occidentales son las únicas que se ocupan de administrar la catástrofe en los campos de refugiados. Es ahí donde se toman las fotos: esas instantáneas que, desde las portadas de los periódicos, estremecen de vez en cuando al mundo. Los ciudadanos occidentales suelen ceder entonces al poso de humanidad que todavía les queda dentro e ingenuamente – en lugar de enfilear su protesta política contra los verdaderos responsables de la catástrofe – ingresan parte de sus ahorros en cuentas corrientes que, antes o después, terminarán sirviendo para fines contrapuestos a los primigenios.

En un contexto tal nadie dice nada, nadie hace nada. La ONU calla y contempla cómo una guerra internacional de un calibre inusitado se está desarrollando en África central sin que la humanidad esté siendo verdaderamente consciente de lo que allí está ocurriendo. Los intereses en juego son demasiado grandes como para andar con milongas: Aquellos que financian y teledirigen el proceder de Naciones Unidas son los primeros implicados en esta edición moderna del infierno dantesco.

En la RDC los ciudadanos han dejado de ser tales – si es que algún día lo fueron – porque el futuro ha dejado de tener sentido. La vida vale menos que los metales que proliferan bajo el subsuelo. La situación resulta trágica: mucho más trágica que en continentes hermanos como Asia o América Latina. Ante un estado de cosas tal la cuestión que verdaderamente se plantea no es quién dio la orden de asesinar a Kabila, sino si su hijo y sucesor Joseph logrará administrar el caos. La duda, en este caso, resulta algo más que razonable: el problema de fondo no entiende de nombres propios ni morales. Tan sólo las voluntades exógenas parecen ser ya capaces de frenar procesos de degradación y de descomposición como los que – más allá de la RDC – están afectando a la olvidada y maltratada África.

La historia reciente de África en general y de RDC en particular ha conocido tres fases sucesivas:

- Época en que, bajo la inspiración de conceptos como el panafricanismo, la negritud y los nacionalismos, la mayoría de los países africanos alcanzaron sus independencias y la RDC lo logró el 30 de junio de 1960.

- El triste periodo de los partidos únicos, de los dictadores y los militares durante el cual los pueblos africanos sufrieron no sólo esta situación política, sino también las consecuencias de una Guerra Fría que la mayor parte de la gente no lograba entender.

Con la palabra “democratización” por consigna, llegó el fin del comunismo y la cristalización o eternización del capitalismo. Es el momento en que África se quiso meter con fuerza en el sistema económico y político mundial, pero con el peso enorme de los problemas no resueltos del pasado.

En algunos países de África el fin de los autoritarismos no siguió el camino de muchos. En la República Democrática del Congo no se ha producido ninguna alternancia pacífica. Hubo cambios en la jefatura del Estado porque una rebelión sostenida desde el exterior echó del poder al dictador (Mobutu Sese Seko). Esto da como resultado que las reformas constitucionales queden bloqueadas explicándose esta situación según el momento en el que se encuentra. En el primer momento, no hay condiciones para tales actividades, luego se justificaría la situación por estar en plena guerra. Algunos segmentos de la oposición se han unido al poder. La circulación de armas y sus consecuencias han modificado sustancialmente la estructura social: criminalidad urbana y bandidaje rural, zonas enteras (rurales y urbanas) escapan al control del gobierno central. Además la forma de apropiación violenta de los recursos se ha complejizado y han aparecido vínculos entre fuerzas armadas, la policía y la criminalidad.

Pero como bien lo dice el peruano Osvaldo de Rivero, ex presidente de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Desarme, la situación de los países pobres, en particular los de África, está destinada a empeorar, ya que la revolución tecnológica y el modelo económico mundial liberal están eliminando del círculo económico mundial a los países que pueden ofrecer sólo materias primas y mano de obra no especializada. El Banco Mundial y el Fondo Monetaria Internacional, con sus prescripciones de saneamiento económico tendientes a fomentar la economía de mercado, están contribuyendo a que los países más pobres sean cada vez menos viables y más inestables. Esos países realmente están en vías del colapso económico y mucho de ellos se integrarán pronto en la lista de los que ya ni siquiera pueden ser llamados “países”, sino tan sólo “entidades caóticas ingobernables”. Este es el caso de la RDC. Este es el Congo globalizado, ya que en este país encontramos los intereses de muchos y estamos muchos interesados en él.

Bibliografía General:

- AA. El mundo actual: situación y alternativas. Siglo XXI, México, 1996.
- AA. El neoliberalismo en cuestión. Sal Tarrae. España. 1993.
- AA. Globalizar la esperanza. Ediciones Dabar. México, 1998.
- APPIAH, ANTHONY. “El malentendido multicultural” en *Revuelta* #255, pp.21-29. Febrero de 1998.
- ASANTE, MOGFIK y GUDYKUNST, WILLIAM B. *Handbook of international and intercultural communication*. SAGE Publications, Newbury Park, California, 1994.
- BECK, ULRICH. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Editorial Paidós. Estado y Sociedad. Buenos Aires, Argentina, 1998.
- CASTELLANOS, GUERRERO ALICIA Y SANDOVAL JUAN MANUEL (coord.) *Nación, racismo e identidad*. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1998
- ESCOBAR, ARTURO: *La invención del tercer mundo*. Editorial Normal, Santa Fe, Bogota, 1996.
- FOUNOU TCHUIGOUA, BERNARD. *Quelle alternative à la crise africaine?*. México, UNAM, 1995.
- FERNÁNDEZ, JOHN SAXE (coord.) *Globalización: Crítica a un paradigma*. UNAM, 1999.
- GIDDENS, ANTHONY. *Un mundo desbocado*. México, Taurus, 1999.
- HALL, EDUARD. *Más allá de la cultura*. Editorial Gustavo Gili, S.A.Barcelona, 1978.

HANNS, PHILIP Y ROBERT MORAN, T. *Managing cultural differences: high performance strategies for a new world of business*. Gulf Publishing Co., 1991.

HINKELAMMERT, FRANZ J. *El grito del sujeto. Del teatro-mundo del evangelio de Juan al perro- mundo de la globalización*. DEI. Costa Rica, 1998.

MUTSAKU KAMILAMBA, KANDE. *Liberación y desarrollo en la filosofía latinoamericana y África*. Tesis de Doctorado. México, UNAM, 2000. (inédito).

NZONGOLA NTALAJA, GEORGES. *Le mouvement démocratique au Zaire 1956-1996*. México.UNAM, 1995.

PROSSER, MICHAEL H. *The cultural dialogue: an introduction to intercultural communication*. Houghton Mifflin Company, New York, 1978.

SAMIR AMIN. *L'avenir de la polarition mondiale*. México. UNAM. 1995.

TAYLOR, CHARLES. "The Politics of Recognition" en *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition*. Pp. 25-73.

VIEWIONKA, MICHEL. *El espacio del racismo*. Paidós, Barcelona, 1992.